

LA VIDA COMUNITARIA, LITURGIA DE ALABANZA  
*Formación, re-creación y descanso, partes del canto de alabanza*

**\* Introducción**

**1. La formación.**

- 1.1 ¿Qué tales habremos de ser?
- 1.2 Claves para el camino.
- 1.3 Buscar la verdad.
- 1.4 Buscar la libertad. Formar es reordenar.
- 1.5 Una herramienta: la determinada determinación.
- 1.6 Devociones a bobas.

**2. La re-creación.**

- 2.1 Somos seres para el encuentro.
- 2.2 Entender las faltas.
- 2.3 Una herramienta: la escucha.
- 2.4 El individualismo.
  - a) Naturaleza, herencia y acomodo.
  - b) Avancemos.
- 2.5 La espontaneidad.
  - a) Educar.
  - b) Experimentar.
  - c) Repensar.
  - d) Soñar.

**3. El descanso.**

- 3.1 El descanso de la confianza.
- 3.2 Entender la comunión.
- 3.3 Sabbath cotidiano: reto y alternativa.
- 3.4 Algunos compañeros.
- 3.5 Una herramienta: el tiempo.

**\* Conclusión.**

*En el principio existía la Voz  
y la Voz estaba con Dios,  
y la Voz era Dios.*

*¡Voz de mi amado!, ya está llegando.*

Con estas palabras del prólogo del evangelio de Juan y del Cantar de los Cantares quiero abrir este rato de encuentro y reflexión compartida. Y que sea la Voz del amado la que nos lleve y la que nos haga sentir algo que decía Schökel<sup>1</sup> y es que si no descubrimos, si no escuchamos la emoción intensa que expresa la voz del esposo ante nuestra presencia, no sabremos escuchar nada de lo que nos dice porque lo que existía, lo que existe en el principio es la voz de quien nos ama.

Antes que nada habría que decir, remedando a Javier Vitoria, que la vida fraterna hay que practicarla con fuerza y hablar de ella con humildad. Él decía esto mismo de Dios, pero lo podemos traducir.

He pensado que el Cantar de los Cantares podría hacernos de pórtico para lo que vamos a compartir en este rato. Todo lo que no nace y desemboca en el amor produce en nosotros, a la corta o a la larga, una profunda deformación, un declive que nos rompe o como mínimo nos marchita y roba la alegría y que, al cabo, nos deja un agotamiento grande. Estoy convencida de que lo único que puede dar sentido a todo lo que hagamos y construyamos personal y comunitariamente y que a la vez que nos forma, nos re-crea y nos descansa no es otra cosa que el amor

Pienso que el Cantar nos puede servir de entrada pero también acompañar como música de fondo; en realidad, podríamos quedarnos con la invitación a hacer una lectura en clave comunitaria del Cantar. Quizás estamos más acostumbrados a hacer una lectura íntima, personal o, como mucho, comunitaria en el sentido de iglesia, pueblo elegido al que pertenecemos. Sería una buena ocasión para hacer esa lectura en clave comunitaria concreta, desde la comunidad en la que cada uno de nosotros vivimos y de la que somos parte fundamental.

Yo me acojo a lo que dice mi buen Juan de la Cruz en el prólogo del Cántico espiritual; dice así: *los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura, para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu...* (Prólogo, 2)

Lo digo porque me gusta leer el Cantar haciendo de vez en cuando cambio de papeles, como haciendo contrapunto con los personajes, dos melodías, dos voces independientes que se escuchan simultáneamente, el resultado, como sabéis, es la polifonía. Después he descubierto que Teodoreto de Ciro, allá en el siglo IV, ya practicó algo de esto.

Vamos al Cantar y a dejarnos llevar por él para ir entrando en el tema.

*¡Oh tú, que moras en los huertos,  
mis compañeros prestan oído a tu voz!:  
¡deja que la oiga! (Ct 8, 13 apéndice).*

A punto de terminar el Cantar, surge esta súplica: *déjame oír tu voz*. Pero lo que ha dicho antes es impresionante: *mis compañeros prestan oído a tu voz*, mi comunidad, ese puñadito de seguidores de Jesús, ¡presta oído a tu voz!, a ti que moras en los huertos, en el lugar del descanso, del amor. Ellos te escuchan, deja que lo haga yo también, deja que yo te escuche en medio de ellos, que preste con ellos oído a tu voz.

Otra interpretación del verso nos recordará a su vez que cada uno reflejamos la belleza del amado y somos voz de su Voz.

Lo importante es ver que lo que nos hace hermanos es la voz del Señor, escuchar su voz; el comienzo de nuestro amor por Dios está en escuchar su palabra, una palabra

de amor dirigida a cada uno y, a su vez, el comienzo de nuestro amor al prójimo consiste en escucharlo. Escuchar al otro es hacer con él lo que Dios hace con nosotros, obrar lo que Dios obra, amar con Él al otro; Él, que es la Voz, es el oyente por excelencia<sup>2</sup>.

Seguimos de la mano del Cantar, cuando dice: *¿A dónde tu amado se volvió, para que contigo le busquemos?* (Ct 6,1)

No sólo estamos llamados a ser esa amada que busca al amado y que, antes y más, es buscada por él, también somos ese coro al que la amada pide ayuda en su búsqueda, también estamos llamados a acompañar, iluminar y sostener la búsqueda de cada miembro de nuestra comunidad y de la comunidad como tal y eso es una parte no pequeña del empeño formativo, algo imprescindible hoy si queremos seguir respondiendo en fidelidad a Dios y si queremos tener una palabra que decir a los demás que están buscando formas de vivir más humanas; compartir y ser solidarios de la mutua suerte será siempre uno de los valores capitales.

Si el comienzo del amor está en escuchar su palabra, entonces formarnos será formar nuestra personalidad, nuestro yo más profundo, en esa escucha que, en definitiva, es formarnos para ser relación. Re-crear podrá ser entonces volver a la motivación esencial de nuestra vida, *re-suscitarla*, recuperar el deseo de nuestro fondo, rescatar la relación, la pasión por Jesús en lo pequeño y disfrutarlo con los demás ¡se nos olvida disfrutar lo cotidiano! Y por ahí entraríamos en el *ameno huerto deseado*, en el descanso. En la canción 22 del Cántico espiritual, explicando el significado de este verso dice Juan de la Cruz que hasta que no entramos en este huerto que es vivir en Dios, no hallamos descanso.

Entrado se ha la Esposa / en el ameno huerto deseado, / y a su sabor reposa, / el cuello reclinado / sobre los dulces brazos del amado.

Ana M<sup>a</sup> Schlüter recordaba en un precioso librito que se llama *El camino del despertar en los cuentos* que los cuentos, con sus imágenes arquetípicas, despiertan en el ser humano el recuerdo de su verdadero ser. Me gustaría aprovechar uno de mis cuentos favoritos para recordarnos algo fundamental antes de ir desgranando algunas direcciones y herramientas que es lo que se me ocurre que podemos poner sobre la mesa para profundizar un poco sobre nuestro tema.

Se trata del cuento de *Los seis cisnes* de los hermanos Grimm que quizás algunos conocéis. Una niña salva a sus seis hermanos, que han sido transformados en cisnes por una bruja, a través del amor silencioso que trabaja pacientemente cosiendo seis camisetas con flores silvestres. Simone Weil descubrió en este cuento algo precioso y fundamental y lo refleja así en un escrito cuando tenía 16 años: *Actuar nunca es difícil: nosotros realizamos demasiadas actividades, y nos dispersamos continuamente en acciones desordenadas. Hacer seis túnicas con anémonas, éste es nuestro único medio para adquirir fuerza... en este mundo la fuerza está en la pureza*<sup>3</sup>. Simone percibe que la verdad más profunda se halla en la pureza y la honestidad, en la mirada que, como dice, es lo único eficaz y lo único que disminuye el mal que hay en nosotros cuando miramos a Dios. Todavía añade en otro momento, mucho más adelante: *Hay un esfuerzo que hacer, que es con mucho el más duro de todos, que no pertenece al terreno de la acción. Consiste en mantener la mirada orientada hacia Dios, volverla a dirigir cuando se aparta, aplicarla en cada instante con toda la intensidad de que se es capaz*<sup>4</sup>. Todo el camino y proceso que Teresa de Jesús y Juan de la Cruz proponen es mantener la mirada en Cristo, mantener la vida en el centro sobre el que gravita todo, por tanto, un descentramiento radical, un desapegarse con todas las fuerzas de uno mismo. Por eso, añadido también que esta pureza de la que hablamos es lo contrario del repliegue y la pasividad. Cuando Teresa habla del *amor puro* lo hace identificándolo con el de Jesús,

un amor entregado, que busca por encima de todo el bien de los demás, el bien compartido y, además, un amor que desconoce radicalmente la doblez y el egoísmo en cualquier forma. (C 7, 4)

Después de esta pequeña entrada, con esta base: una comunidad de seguidores que cuando vive aprendiendo a escuchar, vive la formación, cuando se sostiene mutuamente en el camino, vive la re-creación y cuando se despierta para lo mejor, vive el descanso, vamos a mirar en las tres direcciones que nos han propuesto con la esperanza de que no daremos en un estrabismo múltiple sino que más bien será un ejercicio sencillo de integración.

### **1ª dirección: la formación**

Pienso que como cristianos contemplativos hay algo imprescindible para que nuestra vida no quede hueca ni se convierta en hojas que mueve el viento a su antojo: la calidad, la hondura de la personalidad, de la relación que con Jesús vayamos construyendo.

Hay un trabajo formativo que se prolonga toda la vida, no termina con la profesión ni con las bodas de plata, de oro o de lo que vengan. Para formar verdaderos contemplativos, para ser orantes, amigos de Dios, es del todo necesario formar ese *yo para la relación*, para la vida en relación.

#### *1.1. ¿Qué tales habremos de ser?*

Cuando Teresa de Jesús empieza el nuevo camino con su pequeña comunidad de hermanas y están intentando dar forma a su propia vida y marcar su itinerario, Teresa les lanza en seguida una pregunta: *¿qué tales habremos de ser para que no nos tengan por muy atrevidas?* (C 4, 1)

La vigencia y urgencia de esta pregunta es hoy absoluta al menos por dos motivos: uno porque pregunta por el ser, no por el hacer. Gracias a Dios —porque es algo que hay que agradecerle a Teresa— no nos da ninguna receta de cocina fácil o rápida, nos va a señalar una dirección de la que ahora hablaremos. Y el segundo motivo por el que creo que tiene vigencia y urgencia esta pregunta es porque de no ser, de no *ir siendo* lo que Dios nos está llamando a ser, estamos defraudando, y estafando también, a nuestra iglesia, a esa gran comunidad de seguidores de Jesús y servidores de su amor, que confía en nuestra presencia activa y real. Y también al mundo, a ese mundo sufriente sobre todo, que le llevó a Jesús a decir *Mi padre trabaja siempre y yo también trabajo* (Jn 5, 17; recordaréis que Jesús dice esto después de una curación en sábado) un trabajo de salud para los demás, de reponer vida, de devolver luz a quienes tantas cosas injustas se la van robando. Por eso necesitamos ser sinceros y que esa profundidad que puede abrir pozos para dar agua, sea real. Aunque la realidad a veces sólo pueda ser que tenemos picos, palas y excavadoras en movimiento en nuestra pequeña parcela, de modo que no asoman grandes vergeles pero sí labradores de verdad.

#### *1.2. Claves para el camino.*

Por todo esto quiero recordar aquí una cosa de Rahner<sup>5</sup> que me sirve para entrar en este camino de formación permanente del yo.

Seguro que todos recordáis bien una frase de Rahner que ha dado la vuelta y la revuelta al mundo: *el cristiano del futuro o será un 'místico', es decir, una persona que ha 'experimentado' algo, o no será cristiano...* desde luego, es imprescindible y creo que, hasta cierto punto, tenemos esto claro. Pero quizás no hemos penetrado del todo el

sentido de esta palabra del querido Rahner porque casi nunca atendemos a lo que Rahner seguía diciendo en ese artículo sobre la espiritualidad antigua y actual; a esa indispensable característica de la espiritualidad actual Rahner sumaba dos más, no creo que está de más recordarlas para captar también, con más claridad, de qué mística hablaba Rahner: el servicio al mundo como espiritualidad, lo humano como un elemento interno (intrínseco) de ella misma, trabajar en lo que trabaja el Padre y, además, una propuesta ascética como parte de esa espiritualidad; una ascética de límites, de ponerse uno los propios límites, de libertad responsable, sólo practicable, decía Rahner, si se está abierto a Dios y por ello se es capaz de aceptar previamente una renuncia... diciendo con ello un sí al Dios del futuro.

De alguna manera, Rahner está reformulando algo que Teresa y Juan ponen en el pórtico, en los corredores y en la cumbre de ese *yo en relación y para la relación* que queremos formar. Teresa lo dice así: *Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden, no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible quien muy de veras ama a Dios, amar vanidades? Ni puede, ni riquezas, ni cosas del mundo de deleites, ni honras, ni tiene contiendas, ni envidias. Todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque les ame.* (C 40, 3) Lo demás, en palabras sanjuanistas es *andarse por las ramas y no aprovechar* (2S 7, 8)

Las tres claves para la espiritualidad del futuro que da Rahner coinciden con la consigna vital que lanza Teresa para formar verdaderos amigos de Dios: la verdad nos hace libres para amar. Verdad como experiencia de relación, no solemos pensar la verdad en esos términos, y libertad como un camino de elección continua para servir a los demás. Esa elección continua que es la ascética de límites queda perfectamente definida en los capítulos que Teresa dedica en el Camino de perfección al tema, basta con decir con ella *qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas dejando su provecho por el de las otras* (C 7, 8).

### 1.3. *Buscar la verdad.*

Creo que el todo de nuestra formación nos lo jugamos en edificar esta persona que será la que lleve adelante todo lo demás, en formar comunidades que nos sirvan de experimentación de esto que vengo diciendo, aunque a veces sea rudimentariamente y a través de pequeños fracasos, porque la vida no suele alumbrarse sin dolor. Pero necesitamos ser unos para otros alumbradores de verdad. Ahí resuena esa búsqueda del Cantar donde la Amada no se basta a sí misma en su camino.

Primeramente hay un trabajo absolutamente personal: buscar la propia verdad a la luz de Dios, trabajar por ser veraces con él, ante él; después, un trabajo fraterno que nos alumbraría muy bien el caso Zaqueo. Hemos de ser para nuestros hermanos lo que Jesús fue para Zaqueo: *Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa* (Lc. 19, 5) y el resultado es que Zaqueo ve su verdad y cambia; hay dos puntos que mirar para lo que venimos buscando: la actitud de Zaqueo que está buscando la verdad y la de Jesús que no empieza con un discurso ni con una recriminación ni con casi nada de lo que se nos ocurriría a nosotros ante los Zaqueos con los que convivimos, empieza simplemente diciéndole ¡y con prisas!, es decir, con un deseo apremiante ¡quiero estar contigo! Y una última llamada de atención a algo que aparece en el pasaje, Jesús dice “hoy”... hoy entra en casa de Zaqueo, creo que debemos saber tener esta actitud: desear entrar en la vida de los demás, ser para los hermanos esa luz... solamente por hoy. Sin atar ni atarnos, sin enquistamientos.

Sin esta pasión por la verdad, nuestra vida corre peligro de convertirse en un simulacro. Por supuesto, siempre seremos una verdad en camino. Lo que importa realmente es andar, emprender el camino. Por algo decía Teresa que *humildad es andar en verdad* porque la verdad se anda, se va haciendo paso a paso si no dejamos el camino.

#### *1.4. Buscar la libertad. Formar es reordenar.*

Entonces, formarnos es reordenar el mapa del amor en nosotros desde el evangelio, y eso y no otra cosa es toda la noche oscura de la que Juan de la cruz nos habla, liberar nuestro yo por la verdad, por esa experiencia de relación. Rescatarnos de la autosuficiencia, tan ficticia, recobrar estratos del propio ser que están dormidos o apresados por la soberbia y el egoísmo.

Nos cuesta descubrir el gozo de que el gran protagonista de nuestra vida es Dios y son los demás y es tanta a veces nuestra cortedad y deformación que creemos que el gozo está en lo contrario. Sin embargo, por algo dice Juan de la Cruz que la contemplación pura consiste en recibir (Ll 3, 36); habrá que pensar cómo nos re-sitúa esa sentencia (mi sentencia favorita sobre la contemplación) frente a Dios y frente a los demás. Sobre todo nosotros que hemos dado en ser nombrados como ‘contemplativos’. Parece que Juan se referiría más bien a un recibir con los brazos abiertos al Otro-otro, como quien acoge un huésped en su casa y, por tanto, como quien hace acomodo en sí para que el otro, tal cual es, quepa. Pero además, os invitaría a leer simplemente todas las definiciones que trae el diccionario de la palabra recibir, sólo con los verbos que utiliza hay para un tratado de contemplación: tomar lo que a uno le dan, hacerse cargo, sustentar, sostener, admitir dentro de sí, aceptar, salir a encontrarse con alguien que viene. Basta con esto y como veréis, hay poca pasividad en el verdadero recibir, hay una actividad distinta, un hacer y un dejar hacer; un hacer que, en definitiva, nace de ese recibir.

Y, con todo, y ya que hemos empezado de la mano de Rahner, cierto que bastaba con lo único que se suele citar de ese precioso artículo porque bien entendido, si uno ha experimentado *algo* le pasará lo que a Teresa le pasó al experimentar ese *algo*: entendió que *no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos ni ternuras, sino en servir con justicia y con fortaleza de ánimo y humildad* (V 11, 13)

#### *1.5. Una herramienta: la determinada determinación.*

Veamos ahora una gran herramienta para nuestra formación, lo que Teresa llamó la determinada determinación.

Que hay en nosotros resistencias a la verdad y al amor es algo que todos, o casi todos, tenemos dolorosamente experimentado, la tendencia a la mentira y al egoísmo, a escurrir el bulto, a autoengañarnos, existe por más que desearíamos otra cosa. Por eso este camino de formación es más lento y tortuoso de lo que imaginamos cuando lo iniciamos, por eso requiere un empeño sostenido.

Esta determinación es como el hilo que engarza cuanto podemos ir haciendo y es la posibilidad de ir plantando cara a los encogimientos, a la pereza, al miedo, a las heridas que la vida nos va dejando. Por un lado, las resistencias que nos pone nuestra cobardía disfrazada y por otro, los obstáculos externos que muchas veces vamos a encontrar; sin esa determinación consciente, amasada, sostenida, se pueden volatilizar nuestros mejores deseos y los planes de formación mejor diseñados. Sin una determinación de no cejar en el empeño hasta el fin, veremos continuamente frustradas las expectativas que forjamos y eso mismo nos irá comiendo el ánimo y la esperanza y nos ayudará a acomodarnos en una especie de sopa boba.

### 1.6. Devociones a bobas.

Después de insistir en esto, que me parece previo e indispensable, pienso que tenemos otra urgencia en nuestras comunidades. Teresa vuelve a decirnos hoy: *De devociones a bobas nos libre Dios* (V 13, 16). Allí donde no se forma un pensamiento crítico, estamos siempre expuestos a la superstición tanto si viene revestida de piedadismo como si llega vestida de progresismo. Estaremos al capricho del visitante de turno, del predicador o el teólogo de moda, cuando no de nuestros impulsos más superficiales. Es tan serio esto que llevó a Teresa a decir que los que van por camino de oración, tienen más necesidad de “letras”, y cuanto más espirituales, más necesidad.

Teresa llega a decir que *espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración* (V 13, 16) y a la luz de estas palabras debemos revisar nuestra fundamentación teológica como orantes, como mujeres y hombres llamados a ser maestros de oración y a acompañar itinerarios espirituales.

Si antes de hablar de esta necesidad he planteado la determinada determinación como algo imprescindible es porque sin duda todos encontramos escollos para llevar adelante con seriedad el cultivo del estudio. Comunidades mermadas y, muchas veces, un ambiente poco propicio para la reflexión seria que nunca resulta fácil ni brillante sino que viene a ser como el entrenamiento del corredor de fondo. Se necesita una gran determinación, un planteamiento interno de cierta solidez y mucha paciencia para llevar adelante la formación permanente, para huir de la anécdota que casi siempre se nos presenta como primer plato. Tengamos claro que sin todo esto, iremos deshinchando el espíritu, seremos cada vez más globos fofos.

Formar la fe es una de las virtudes ascéticas fundamentales en nuestro cristianismo actual y si me refiero al cristianismo general, me refiero también a nuestro cristianismo concreto como contemplativos.

## **2º dirección: la re-creación**

Vamos a pensar un poco qué puede significar ahora para nosotros esa re-creación. A mí me gusta hablar de reflotar porque reflotar evoca recobrar la situación primera, aquella que dice: *en el principio existía la Voz... en el principio existía, existe la relación*. Recrear lo mejor de nosotros mismos es recuperarnos para la relación, que nada en nosotros quede sin entrar en relación; *ir con todo y por todo a Dios* (3S 24, 6).

También me gusta hablar de re-suscitar, volver a levantar la vida, alentarla de nuevo porque probablemente es uno de los rasgos más acentuados del Jesús que conocemos a través de los Evangelios.

Quiero mezclar aquí, conscientemente, la doble vertiente, el doble significado que tiene la palabra re-creación porque en la vida se implican mutuamente, la recreación como regeneración, como un rehacerse, no sólo a nivel personal sino también comunitario y a la vez en el sentido de esparcimiento, desahogo y disfrute. En ambos casos necesitamos reavivar la imaginación, una imaginación que camine de la mano de la persona más imaginativa que conozco y que es Jesús.

### 2.1. Somos seres para el encuentro.

José M<sup>a</sup> Mardones, a quien despedimos mucho antes de lo que deseábamos, dejó escrito lapidariamente que lo que nos constituye como personas es el encuentro<sup>6</sup>. Lo que nos hace ser, lo que recrea continuamente lo que somos y podemos llegar a ser y lo que a su vez nos da solaz es el entrar y vivir en relación. La relación con el otro no es algo de lo que yo pueda prescindir sin que me suceda nada, quedándome como indiferente,

afecta a mi centro personal. En este sentido, la relación con el otro es el modo original de la trascendencia y también de la fraternidad, el lazo de amor originario: estamos anudados a los otros y no nos pertenecemos totalmente.

Entendernos como seres hechos por el encuentro y para el encuentro implica una concepción dinámica de la persona, vernos como seres abiertos, con posibilidad de cambiar, en permanente construcción. Entender esto vitalmente, personalísimamente, nos lleva, nos debe llevar, sin dudarlo, a un trabajo de recreación comunitaria permanente, a vivir con una apertura mutua que nos conduce al acogimiento, al descubrimiento de lo que vale el otro, a sentirnos plenamente involucrados (co-implicados) con la implicación, y complicación, que eso conlleva. Lo que no podemos, si queremos vivir de verdad, es hacer las cosas a medias: acoger con la mitad del corazón no es acoger, por ello, acoger es vivir hasta el fondo esta experiencia que genera en nosotros un movimiento de servicio y misericordia.

Nosotros, a menudo, pensamos que podemos relacionarnos con Dios de una manera y con las personas de otra, pero no es así. Por eso, todo encuentro y toda relación con el otro se refiere indistintamente a Uno, con mayúscula, y a otros, no porque con todos nos relacionemos igual, cada relación es única y diferente y cuánto más la que cada uno tenemos con Dios, pero nosotros sí que somos el mismo yo que entramos en relación y por eso, entendiendo así las cosas, no hay escape a imaginarias relaciones con Dios que no se sustentan en la realidad cotidiana y que, por tanto, no sólo no recrean nada sino que fatigan mucho y dañan considerablemente el empeño por construir fraternidad.

## 2.2. Entender las faltas.

Traigo aquí ahora un famoso texto de Teresa para seguir profundizando en esto. En el libro de las Fundaciones, Teresa refiere la del convento de Valladolid, donde tuvo un decisivo encuentro con Juan de la Cruz que iba a emprender la reforma de la rama masculina de la orden en Duruelo. Allí Juan pudo convivir con Teresa y sus hermanas y aprender lo que Teresa definió como *el estilo de hermandad y recreación que traemos juntas, que es todo con tanta moderación, que sólo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la Regla* (F 13, 5).

Para Teresa el tiempo de recreación, los espacios para compartir desenfadadamente, para encontrarse todas juntas no son una cosa secundaria e intrascendente sino un factor de equilibrio esencial en nuestro estilo de vida. No creo que haya necesidad de que os hable de esto, la diversidad de familias que aquí estamos reunidas hace que nuestros encuentros fraternos tengan distintas fisonomías pero finalidades muy próximas. Sí me gustaría, en cambio, resaltar una nota que deja Teresa en esa cita que se ha malentendido muchas veces y que, entendida en su verdad es de importancia capital para recrearnos mutuamente, para que encontremos unos en otros esa distensión, ese ‘tener gracia’ que, decía Teresa, nos da el Señor para recrear a los demás. Me refiero a *entender las faltas de las hermanas*. Eso sí me parece capital profundizarlo y reavivarlo.

Doy por sentado que todos sabéis que Teresa no se está refiriendo a las faltas morales que cada uno podemos tener, a los pecadillos o imperfecciones o como preferiréis llamarlas. “Faltas” se refiere a las carencias y necesidades de todo orden que podemos sufrir. Así que se trata de entender a las personas, conocerlas, comprenderlas. Mirad por dónde entiende Teresa que va ese “entender” a los demás cuando ella por ejemplo dice confidencialmente a su querido Gracián: *¡Qué cosa es entenderse un alma con otra, que ni falta qué decir ni da cansancio!* (Cta 170). Por ahí van los tiros. Por ahí hemos de dar y recibir recreación.



### 2.3. Una herramienta: la escucha.

Por eso quiero traer aquí otra herramienta indispensable: la escucha.

El primer servicio que nos debemos como hermanos es escucharnos. Como he dicho antes, el comienzo del amor al prójimo consiste en escucharlo. Creo que éste es el único camino para ir traduciendo la forma que tiene Dios de comportarse con nosotros, Dios se *acomoda* a nosotros para compartírnos plenamente su propia vida. Juan+ repite que Dios nos mueve y lleva a nuestro modo y manera, sabiendo que es la única forma de caminar con nosotros, porque nos conoce y conoce nuestras necesidades, no como quien puede hacer un listado de todas ellas muy detalladamente sino como quien se hace cargo de ellas y comparte el peso que suponen.

Eso será entender las faltas de cada uno de los hermanos cuando nos encontramos, conocernos de verdad, hacernos cargo, sobrellevarnos. Eso es compartir la necesidad del otro, eso es lo que Dios hace con nosotros, lo que Jesús con su vida nos enseña a hacer. Eso es lo que realmente puede proporcionar alivio, distensión y un disfrute creativo en la fraternidad. Quien conoce a los demás de esta manera, quien escucha cómo palpita el otro, a través de lo que dice y de lo que calla, porque todos sabemos que lo que decimos con la palabra es una parte ínfima de nosotros mismos, quien así anda es re-creación para sus hermanos y, más allá, para quien se acerque desde otros lugares a compartir o buscando.

Y para andar bien en esto, quiero nombrar dos cosas, como un blanco y negro, que podemos cuidar para cuidarnos unos a otros. Un polo positivo y otro negativo: el individualismo y la espontaneidad.

### 2.4. El individualismo.

Lo queramos o no, estamos tocados por el individualismo y algo cojeamos, seguramente menos cuanto más conscientes de ello somos y hacemos con constancia rehabilitación. Esa *fraternidad en acto* que pueden ser también los momentos de recreación es un fantástico ejercicio si se viven de verdad. Me permito utilizar aquí algo que decía González Faus y es que nosotros casi sólo conocemos una vida que es vivir, aspirar, apropiarse de vida. Dios es La Vida (con mayúsculas) cuyo ser consiste en dar vida, en hacer vivir. Todo lo que somos capaces de vivir en clave no de apropiación sino de comunicación de vida nos aproxima y asemeja a Jesús y nos hace, sin duda, más felices.

a) *Naturaleza, herencia y acomodo.* Por una parte llevamos el individualismo, ese desordenado afán de independencia donde cultivamos el egoísmo, dentro de nosotros mismos, por otra lo hemos heredado y por otra y peor parece que lo perseguimos asimilándonos al entorno justamente en esto.

Ahí está la herencia de ese concepto individualista de la redención que quedó diseminado en la vida concreta y cotidiana, que quedó integrado, como de manera natural, en nuestras comunidades, traducido en prácticas, en oraciones, en costumbres, en lenguajes. Basta como ejemplo ver que, sin duda, hay mucha más literatura espiritual sobre la experiencia espiritual *individual* que sobre la experiencia espiritual *comunitaria...* y, consecuentemente, sucede lo mismo con respecto a la santidad individual y comunitaria. Es posible que lo hayamos superado más intelectualmente que vitalmente y aunque no me parece poco, ni mucho menos es suficiente.

Por otra parte, socialmente ha sido al revés, nos hemos amoldado o aposentado, porque el individualismo es a veces muy cómodo, aunque siempre cenizo en el fondo. Deberíamos ser intransigentes con todo lo que roba la alegría de nuestra vida salvo con el sufrimiento de los demás, quiero decir que sufrir *con* los otros y buscar salida a esos

sufrimientos puede hacernos sufrir pero no quitarnos la alegría. Y deberíamos ser grandes auscultadores, ser capaces de sentir los síntomas de esta enfermedad que sí nos roba la alegría verdadera. Así grosso modo podemos definirla como un “ir a la nuestra”, un primar el interés personal sobre el del prójimo. “Ir a la nuestra”... colocarnos a nosotros mismos en el centro y aquí llegan todos los autos-, que en su justa medida son buenos y necesarios: la autorrealización, la autoexploración y la autoexperiencia, y gira que gira en torno a lo mismo, mejor dicho, en torno a uno mismo.

Nosotros nos movemos siempre entre dos polos y no es sencillo hallar el equilibrio, aunque es apasionante buscarlo y ver cómo en el balanceo somos capaces de rozar los extremos. Sobre todo, está bien que no nos asustemos de nada y, menos aún, nos escandalicemos de las tonterías y deformaciones que somos capaces de generar. El balanceo va entre el borreguismo y la diáspora por decirlo de forma muy llana y que todos podamos identificarnos fácilmente.

No tiene importancia que cada uno tendamos más a una cosa, tiene importancia que con todo ello a costas, sobrellevándolo y sobrellevándonos, sepamos crear una comunidad acogedora, y soportadora también, de la diferencia porque eso es lo que nos hará a cada uno enfrentarnos a este individualismo.

*b) Avancemos.* Fijaos que Teresa conforme avanza en las moradas y la vida mística va adquiriendo solidez y profundidad, hace más hincapié en la vida fraterna ¡es que no hay otro modo ni camino! por más que nos cuesta asimilarlo. Nos cuesta porque nos compromete, claro. Y cada vez más pone el acento en muchas *simplezas*, dirá ella, que en el fondo, van mostrando que el rostro humano de la vida de oración, de contemplación, de intimidad con Dios, de meditación... es el rostro del samaritano que hay dentro de nosotros. Por eso en la cumbre de su experiencia, en el más profundo centro, lo que hay es lo que ella llama ser “espirituales de veras” y lo explica por si hubiera duda: hacerse esclavos de Dios... señalados con la cruz... esclavos de todo el mundo, pero el quid de la cuestión está al final, cuando añade *como lo fue Él*. En definitiva, vivir la vida a la manera de Jesús.

Estoy convencida de que una verdadera re-creación comunitaria pasa por redescubrir la pequeña iglesia doméstica que somos como *comunidad mediadora de salvación* (así se entendía hasta finales de la Edad Media; que no se nos olvide que mirar atrás no es igual a retroceder sino que saber mirar atrás nos hace avanzar), pasa por descubrir la comunión fraterna como espacio teologal para la experiencia de Dios, como lugar concreto donde *tocar y palpar el Verbo de la vida*, donde experimentar al Señor. En todo caso, creo que ahí es donde aprendemos el significado de la encarnación, donde experimentamos que la encarnación está hecha para ser vivida, para ser practicada y, ahí descubrimos que compartir es una acción salvífica, sacramental y, si queremos decirlo así, milagrosa, sanadora. Una acción que nos hace dar pasos hacia una auténtica igualdad en la que experimentar la hermandad. No podemos hacer esta experiencia sin un desprendimiento profundo —y aquí resuena el gran desprendimiento de quien no retuvo ávidamente su condición divina— y, por tanto, sin sacrificio.

Cuando realizamos esta experiencia nos convertimos en auténticos creadores de comunidad y de comunión y vamos dando visos de transparencia, al modo que afirmaba Pablo VI en aquella famosa alocución<sup>7</sup> en la que nos decía que los muros de nuestras casas serían de cristal y hablaba de esa pureza a la que me he referido antes que se irradia de la misma manera que la luz o la música, que se convierte en consuelo concreto, en auténtica compañía... basta que recordemos cómo pensó Jesús a su comunidad, a su familia de seguidores: como un grupo de hermanos y hermanas que le siguen para acoger a los demás y difundir la compasión de Dios en el mundo; un

movimiento sanador que fuera germen de transformación mostrando su propia experiencia como familia, la experiencia de quienes crecen en la acogida y sanación mutua. Es necesario que nos sigamos preguntando si esta es la experiencia que renovamos como familia cristiana. Aunque nuestras experiencias tengan una plenitud muy precaria, reflexionarlas, compartirlas, recordarlas juntos evitará que nos convirtamos en guetos de supuesta santidad.

### 2.5. *La espontaneidad.*

El otro punto era la espontaneidad. Además de ser habitualmente malentendida, tiene muy mala prensa en nuestra vida. Quizás porque no hay comunidad que no tenga algún espontáneo puro y duro, es decir, silvestre. Evidentemente, no me refiero a esto y también aquí tendremos que echar mano de la anterior herramienta para con determinada determinación, con convicción profunda y voluntad, huir de la superficialidad. No podemos permitirnos ser superficiales y abordar la vida y su acontecer a la ligera. Valga este pequeño apunte para todo: el lujo y la estupidez que es la superficialidad es algo que no podemos consentirnos cuando en este mundo nuestro arden tantos fuegos, como decía Teresa, tanto sufrimiento y tanta falta de paz en todas sus manifestaciones, desde las más grotescas como las guerras, terrorismos y hambrunas, hasta las más sigilosas en tantas vidas dolientes anónimas.

En nuestra vida casi todo está programado. No estoy contra el orden, ni mucho menos, pero sí contra algo que con frecuencia confundimos: ese orden nuestro, esa programación es un punto de partida, no una meta. Cuando tomamos como meta lo establecido de nuestra vida, que es mucho, eliminamos esa espontaneidad de la que os hablo, eliminamos las cosas esenciales que nos aportan los impulsos, los deseos y la imaginación. Y también los ensayos que a veces no culminan pero que hay que hacer. “Tener grandes deseos” es una de las claves en Teresa de Jesús para vivir auténticamente.

a) *Educación.* Julián Marías es quien me abrió esta perspectiva que descubro como algo esencial para nuestra vida. Él entendía la educación como cultivo de la espontaneidad<sup>8</sup>. Y veía muy claramente que sin educarla la vida quedaba empobrecida radicalmente, desnivelada, desequilibrada. Educarnos en este sentido, personal y comunitariamente, es un reto que tenemos por delante. Hacer ese camino hacia dentro que nos lleva de una manera mejor hacia fuera. Educar el “gusto”, la atracción inmediata, para descubrir que gusto (las inclinaciones) no significa únicamente placer egoísta y que, sin embargo, abre perspectivas vitales preciosas.

No hace falta enumerar textos de Juan de la cruz aquí para recordar hasta qué punto entendía Juan que nos perdemos lo más valioso de la vida por tener el gusto, el afecto, el paladar tan (estragado) estropeado y empachado que apenas conseguimos saborear nada, por no tenerlo educado; ahí aparece su empeño por acompañar a la persona, por darle luz para que entienda la obra que Dios va haciendo en nosotros para desempalagarnos, para superar la amenaza, también presente entre nosotros, de un inmediatismo sensorial en cualquier nivel, no sólo el espiritual, y permitirnos volver a gustar lo mejor que es su Espíritu vivo en nosotros.

—En lo que por nuestra parte podemos, tenemos la responsabilidad de educar la espontaneidad. Aunque pueda parecer paradójico la falta de espontaneidad tanto como la espontaneidad ineducada son poco libres, nos acaban atando a la letra, aunque sea a la letra de la última moda, cuando no al programa recibido. Escoger nuestras lecturas es esencial para esta educación y, aunque no sin criba, el cine y la literatura también son muy buenos aperos, pero sobre todo la experiencia con los demás, el trato

con los otros, conversar, compartir, contrastar... ahí tenemos el gran instrumento de dilatación e intensificación de nuestra vida porque, en definitiva, vivir es convivir.—

*b) Experimentar.* Lo más profundo en nosotros no significa una cosa espesa y pesadísima, sino algo muy jovial y entrañable, algo que yo llamaría transportable, que se puede mover, que está abierto al cambio tanto más cuanto más consciente se hace de que sus raíces son muy profundas porque están en Otro. Algo, en definitiva, que no está solidificado por no decir fosilizado (apariencia que a veces tenemos los contemplativos) y que, si se mantiene ágil es por vivir *en relación*.

Desde luego, desde ahí tendríamos que entender ese «experimentar algo» del que hablaba Rahner y a nosotros nos corresponde llevar encendida esta antorcha; no que seamos los únicos que hemos de llevarla, pero sí tenemos una mayor responsabilidad en ese *experimentar algo*, en la experiencia de Dios, en el conocimiento del Amigo de los hombres. Por eso no podemos vivir de rentas, ni dar por sentada la experiencia, como si nos bastara “cumplir” (dicho en el mejor de los sentidos) con nuestras horas de oración. La amistad con Dios, la relación actual con Él, marcada fuertemente por la limpieza de corazón y la misericordia, debe ser nuestro termómetro. Y eso no viene escrito en ningún libro, ni en ninguna oración conclusiva del breviario, ni en ningún acto de piedad, aunque nada de todo ello sobra para quien vive en relación.

*c) Repensar.* Aunque no conozco apenas las comunidades de esta zona, es generalizada la disminución de plantilla de nuestras casas. Yo creo, sinceramente, que es algo muy saludable que nos hará, con un retraso importante, dar algunos pasos evangélicos simplificando y allanando nuestra vida de modo que esté más próxima a aquella sencilla y pura sabiduría que es el Hijo de Dios, como decía Juan+ (2S, 15, 4) y que eso lo haremos reeducando nuestro paladar, pero una lucecita de alerta se nos enciende también con esta realidad y es que podemos quedar paralizados por la presión que ejerce seguir sacando adelante el programa establecido del que antes os hablaba en vez de repensar el programa. Lo prefijado puede ahogar la espontaneidad y la imaginación, ensombrecer los tiempos de reposo, de soledad, de creación íntima, de compartir las ilusiones, los sueños. Que no se nos pase por alto esta necesidad concreta de cultivar la espontaneidad simplificando nuestra vida cotidiana.

*d) Soñar.* Y ese compartir ilusiones, sueños, deseos, me trae algo que seguramente todos habéis hecho de jóvenes, igual que yo: una reunión de amigos donde “arreglábamos el mundo” que, en el fondo, no era otra cosa que un soñar juntos futuros, pensar cosas que en el presente parecían imposibles pero que creíamos poder lograr para tener un mundo mejor. Nos hemos hecho mayores (esperemos que adultos también) y tal vez hemos perdido en las comunidades esa capacidad, de aspecto tan inútil, de soñar, de juntarnos a hablar de imposibles, como decía aquella canción: prefiero hablar de cosas imposibles porque de lo posible se sabe demasiado. Me gustó mucho, por esto que vengo diciendo, que en uno de sus últimos libros, *Calidad cristiana*, José Ignacio González Faus tituló un capítulo entre las *pistas y tareas* de la siguiente manera: “soñando cristianismos” y, desde luego, uno de los puntos es la comunidad de fe, una comunidad habitable y acogedora. Os invito a leerlo y ahí encontraréis materia para soñar y profundizar.

### **3ª dirección : el descanso**

«Dijo Dios a Moisés: Moisés, tengo en mi tesoro un don precioso que se llama sábadó y quiero regalárselo a Israel.»

Así reza una definición rabínica del sabbath y desde aquí quiero partir para mirar un poco este asunto del descanso que, además, está bastante de moda porque ¡todo el mundo está muy cansado!

Primero notemos, aunque sea de pasada, la sabiduría del dicho: habla de tesoro, de don y de regalo. No podía poner mejor marco al descanso ni presentar a su ofrecedor, Dios, con un rostro más amable: el de alguien que quiere compartir su tesoro, su inagotable riqueza de vida, y ya simplemente en el sabor que nos deja la imagen aparecen las notas del verdadero descanso: hay un regusto a bondad, a esplendidez cálida, al disfrute de ser generoso, al gusto de compartir lo propio y hay a la vez una ausencia total de avaricia, de guardarse para uno mismo, de cicatería. Es el rostro que Jesús nos ha mostrado de Dios en el Evangelio.

Sabemos que el descanso bíblico no se refiere a la mera ausencia de fatiga sino a la comunión con Dios, a la armonía plena y de ahí me parece que se desprenden rápidamente algunas conclusiones y preguntas:

### 1.1. *El descanso de la confianza.*

La primera conclusión es que nuestro descanso está en permanecer unidos a Él. En esta primera conclusión es difícil no evocar rápidamente aquel *si no confiáis en mí, no resistiréis* (Is 7, 9). Parece que nuestra capacidad de resistir, de aguantar y hacer frente está muy ligada a la confianza. Parece que nuestro descanso está unido a ese fruto que nace de permanecer unidos a él. Teresa decía *entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo Bien* (E 17,5).

Esto tiene su versión *laica* que no nos conviene olvidar por si alguna vez no acabamos de pisar tierra y también porque nos permite una cercanía muy grande con los demás. Esta versión sería la de que el descanso del ser humano es estar asentado en su yo profundo y en el núcleo donde realiza su vida, sea la familia, la comunidad de referencia, un celibato por el Reino o por una causa justa, o un compromiso concreto en la sociedad de cualquier tipo que articule la vida con raigambre religiosa o no. Y lo mismo que por este motivo estamos viendo grandes truncamientos vitales, vemos también vidas maduras, entregadas en sus circunstancias a una construcción tan digna y dignificadora de la vida que da aliento y ánimo.

Volviendo al primer sentido habría que traducir a Isaías ahora en boca de Jesús *si no buscáis el Reino de Dios primero, no resistiréis* (Cf. Mt 6, 33) el Reino de Dios y su justicia, y desde ahí intentaremos ver el segundo punto.

### 2.2. *Entender la comunión.*

Vamos a pensar un poco qué puede significar esa comunión, esa unión a Él.

Tiene Juan de la cruz un Dicho de luz y amor que dice lo siguiente: *¡Oh dulcísimo amor de Dios mal conocido! El que halló sus venas descansó.* (D 16).

Si traigo aquí este dicho es porque creo que parte del cansancio que a veces acumulamos viene por este malentendido y por no acabar de entender y creer que buscando primero el Reino de Dios y su justicia, antes que nuestro reino, nuestra justicia y nuestro resarcimiento crecemos en una esperanza que es como un abrigo ante las inclemencias, una fuente de fuerza interior, de tranquilidad auténtica. Claro, partimos de una experiencia puesta en el primer escalón de bajada: buscar el Reino es haberse dado cuenta de que Dios tiene un tesoro y me lo ha regalado a mí. Sin este escalón previo, lo normal es rodar escalera abajo, terminar lleno de moratones, cuando no de fracturas, y no acabar de conocer nunca la dicha que hay en ser un servidor como

Jesús lo es. Todo lo que no pase por este primer escalón está destinado a romper crismas propias y ajenas, a generar el mayor de los cansancios: el de la insatisfacción, el de la infelicidad y el de mirar a los demás, sin darnos cuenta, como parte de lo que nos quita esa felicidad.

Para quien ha descubierto ese regalo comenta Juan de la cruz un verso de su Cántico Espiritual, el de *Los valles solitarios nemorosos*, y dice así: *Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.* (C 14, 7)

Entendido esto podemos ver de qué comunión habla el sabbath.

Malentender el dulcísimo amor de Dios es no comprender y no asumir que ese amor es un amor encarnado y por tanto crucificado. Traducido para nosotros, que verbalmente nunca nos atreveremos a negar una cosa semejante, será asumir la finitud propia y próxima en cuanto de negativo vierte en nuestra existencia, será aceptar los fracasos de la vida, tan dolorosos a veces por parecernos que en aquello que pretendemos está el mejor camino a seguir. Será descubrir que la liturgia sin justicia es una farsa, por no decir una burla al Santo de los santos, es decir, que la oración constante sin una fidelidad cotidiana de compañía y servicio a los hermanos es profesar magia.

Por eso nace en nosotros, desde ese primer escalón, lo que Jon Sobrino llamó tan afortunadamente la *urgencia agradecida*. Una premura que no harta, que no desbarata la vida. Es el ya famoso dicho de Juan *el alma que anda en amor ni cansa ni se cansa* (D 96) que es volver a escuchar a Jesús que nos dice: *¿También vosotros seguís sin entender? ¿No comprendéis que lo que entra en el hombre desde fuera no puede cansarlo, porque no le entra en el corazón? ... lo que sale de dentro del hombre es lo que cansa al hombre* (Cf. Mc 7, 18). Y no hay más que ver, siguiendo a Mateo y a Marcos, que después de decir Jesús que lo que empaña, lo que merma o hace perder algo al hombre viene de dentro, aparece una multitud de curaciones y el dar de comer a aquellos cuatro mil. Es el movimiento del amor, de la compasión y de la solidaridad.

Fijaos que ambos, Teresa y Juan, inciden en que nos cansamos buscando nuestro propio descanso y cuidado y sólo cuando conseguimos salir de ese círculo vicioso, que es como un mercado donde el consumo nunca queda satisfecho, sólo cuando salimos de ahí por esa urgencia agradecida empezamos a gustar otro sabor a la vida, otro modo de estar en ella que, al fin, nos lleva a otro descanso.

Pienso que nuestra urgencia agradecida tendrá siempre unas realizaciones bastante espartanas y, en este sentido, muy poco compensatorias y lo digo porque a veces la compensación es un alivio en el esfuerzo de la vida con el que, de entrada, no debemos contar. Eso importa poco y menos cuanto más conciencia de ello tengamos. Algo parecido pasa con los sueños y las apuestas creativas, quizás se trate muchas veces, sencillamente, de crecer entre nosotros y más allá de lo inmediato, en solidaridad, una solidaridad la mayoría de las veces *impotente* pero no por ello menos veraz y comprometedora.

### 3.3. *El sabbath cotidiano: un reto y una alternativa*

El sabbath debe atravesar nuestra vida entera, teñir de modo indeleble nuestra forma de hacer las cosas, nuestra manera de estar, debe caracterizarnos si las dos cosas que acabamos de ver están realmente activadas en nosotros.

Siempre me ha llamado la atención que cuando Jesús llama a los primeros discípulos el evangelio nos dice simplemente que Jesús estaba paseando. Supongo que

nosotros habríamos imaginado (pintado) la escena con más solemnidad. No es la única ocasión en que Jesús aparece paseando pero sí la que más me choca. Parece que Jesús tiene tiempo para pasear y mirar a la gente, y no porque esté perdido en las musarañas simplemente, parece que tiene integrado en su vida ese sabbath del que podrá decir, desafiando a la jerarquía, al prior, al ecónomo y a la abadesa, que está hecho para el hombre. Un sabbath extendido para evitar que la vida se convierta en un archipiélago, una reunión de islas que en el fondo funcionan sin trabazón: aquí rezo, aquí descanso, aquí me comunico, aquí... lo que sea. A lo mejor por eso Jesús tenía esa imaginación capaz de tocar a las personas en el centro de su propia vida, porque tenía tiempo para pasear, mirar, conocer...

Para nosotros puede ser un reto mantener y alimentar el sabbath cotidiano, al menos a veces; mirando a los demás es una responsabilidad seguir ofreciendo esta alternativa en nuestro mundo que corre y corre y que muchas veces va en una huida hacia delante. Todo esto no tiene nada que ver con la parsimonia, desde luego, pero sí con esa calma que no impide llegar a los sitios que hay que llegar y que acepta a la vez la realidad de no poder llegar a todo. No sólo eso, es la convicción puesta en práctica de que no hay que llegar a todo, no hay que agotarlo todo, ni todos los viajes que se pueden hacer, ni todas las novedades que se pueden adquirir, ni todos los cursos que ofrecen, ni siquiera, yo que soy muy librera, todos los libros que se pueden alcanzar; ni, lo que nos puede costar más, todo el bien que uno considera que podría estar haciendo. Todo es bueno, ya lo dijo Pablo, pero gastar un par de minutos en descubrir qué me conviene trae a la larga un bienestar que se transmite y de forma muy especial en la capacidad de atención, de estar con los demás y de hacerse cargo de ellos. Éste es, sin duda, uno de los rasgos más cristianos de este sabbath del que os hablo.

El sabbath nos lleva continuamente a redimensionar la vida, a dar a cada cosa su espacio, su terreno, su volumen de manera que no distorsione el conjunto. Esto es muy elemental lo que pasa es que puestos a vivir todo se nos complica porque nosotros somos un poco complicados. Pero seguro que nos es evidente si nos miramos como una orquesta de cámara: una pequeña orquesta mixta de cuerdas y viento, nadie lleva la batuta y la orquesta funciona en la medida en que los músicos se miran entre sí para compenetrarse, es una coordinación creativa que permite mucha libertad artística siempre que se atiendan unos a otros. De esa manera vivimos en armonía.

#### *3.4. Algunos compañeros.*

Pero, de todas formas... nosotros nos cansamos. Aun con el mejor deseo, con la fe más profunda que conseguimos cultivar y con la mejor de las disposiciones. No basta analizar y, además, cada circunstancia lleva su peculiaridad, de modo que nunca nos valdrán consejos generales pero aun así os nombro a tres personas a modo de compañeros a los que recordar y en cuya fe nos podemos apoyar para perseverar y que mirando la salida que dan a su cansancio nos dan pistas para imaginar nuestras personalísimas salidas. Brevemente os los nombro: se trata de Moisés, Elías y la hemorroísa. Os invito a releer los siguientes textos: Éxodo 33, 12-17, 1 Reyes 19 y Marcos 5, 24-34.

Primero está el increíble Moisés. ¡A qué punto llegaría el cansancio de este hombre en todos los aspectos que con toda su timidez y torpeza de palabra se enfrenta a Dios, le exige y le protesta! Dice la Biblia que Moisés “suplica” pero nadie suplica a modo de exigencia y con réplicas, salvo si hay un “exceso” de confianza. En definitiva, vale la palabra que le responde Dios: *Yo en persona iré caminando para llevarte al descanso.*

Después Elías. Otro tan exagerado como nosotros y dando un ultimátum a Dios *¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida!* y el Señor, paciente, haciéndose a la medida de la necesidad *Levántate, come* y nosotros comemos pero, testarudos, insistimos en que no podemos, en que no es posible, en que las fuerzas no dan de sí y nos echamos a dormir de nuevo. Y Él, que conoce mejor que nosotros el camino por el que nos lleva, repite «Levántate, come» y entonces empezamos a descubrir que podemos, no con un poder definitivo, sino con el poder que da su alimento y su compañía, con la fuerza que da descubrir la tenue pero obstinada presencia de su Espíritu en nosotros. Y nosotros, los ‘tan cansados’, somos capaces de caminar cuarenta días y cuarenta noches, el tiempo que haga falta, hasta el Horeb, el monte de Dios, el monte que habla de la fe permanente de Israel en Yahvé, y somos capaces de desandar el camino hacia el desierto, o sea, capaces de lo imposible para nosotros.

Y, finalmente, uno de mis milagros favoritos si no el más: la mujer de los flujos irremediables. Ni que decir tiene el cansancio que se arrastra cuando de una manera u otra la vida se nos va por las grietas más invisibles que apenas nadie nos puede ver ni tocar. Ni que decir tiene qué apatía podemos llegar a experimentar cuando creemos haber desgastado ya todos los medios posibles para aliviarnos, mejorar o cambiar el rumbo de algo en nuestra propia vida o en la de nuestra comunidad. Esta mujer tiene una increíble pasión, una esperanza que a mí me conmueve hasta los tuétanos y que nunca deja de sorprenderme, probablemente porque tiendo al escepticismo y ella me despierta una lucecita roja continuamente. Esta mujer encuentra en Jesús una respuesta concretísima por la fe más sencilla y anónima que podamos imaginar, por la confianza más simple y hasta vulgar que suele ser la que menos apreciamos de nosotros mismos.

Una nota distingue a estos tres compañeros: la fe que confía. Debe de tener algo que ver con recuperar las fuerzas, con mantener el ánimo, con libertar nuestra felicidad en el cansancio también. Ahí queda, como decía Teresa: *jamás falta Dios, si se confía en él solo. O creéis esto o no; si creéis, ¿de qué os matáis?*, o sea ¿por qué os fatigáis? (C 29, 2).

### 3.5. Una herramienta: el tiempo.

Y ya un último apunte, a modo de herramienta, para ver cómo alimentamos nuestro descanso íntimo, ese sosiego interior. Probemos una respuesta entre otras: el tiempo. Y lo hago utilizando un cuento que pienso que muchos conoceréis:

*Existe una cosa muy misteriosa, pero muy cotidiana. Todo el mundo participa de ella, todo el mundo la conoce, pero muy pocos se paran a pensar en ella. Casi todos se limitan a tomarla como viene, sin hacer preguntas. Esta cosa es el tiempo.*

*Hay calendarios y relojes para medirlo, pero eso significa poco, porque todos sabemos que, a veces, una hora puede parecernos una eternidad, y otra, en cambio, pasa en un instante; depende de lo que hagamos durante esa hora.*

*Porque el tiempo es vida. Y la vida reside en el corazón.*

A lo mejor conocéis a Momo, si alguien no la conoce lo mejor es que coja ese librito de Michael Ende que se lee en una sentada. Porque detrás de lo que os digo ahora podríamos tener a Momo, alguien que sabía escuchar de verdad, y al Señor Fusi, el barbero, por ejemplo... que empezó a ahorrar tiempo y dejó de cantar, de contar historias, dejó de sentarse a hablar con su madre, cosa que hacía aunque era sorda, dejó de leer e ir al orfeón, y hasta de llevar cada día una flor a una amiga paralítica... y se le empezó a helar la vida y el corazón.

Para saber qué necesitamos, hay que saber para qué nos está faltando tiempo, si hay algo a lo que se lo estamos robando o tenemos algún roto en el bolsillo, alguna hemorragia y no nos damos cuenta. No se trata de listas de debe y haber, de llevarnos



cuentas a nosotros mismos, eso sería muy fatigoso y, probablemente, deprimente. Se trata de ir ganando terreno a la conciencia, mejor sería decir a la inconsciencia, de ir despertando cada vez más la sensibilidad, de ir siendo cada vez más libres para elegir aquello que nos construye más como seres verdaderamente humanos; también esto es ir entendiendo y practicando ese amor encarnado.

### Conclusión

Quiero concluir rápidamente porque me he extendido demasiado.

Como vimos desde que pusimos el primer pie en nuestro tema lo que nos forma, recrea y descansa está directamente conectado con el amor y con el amor en movimiento, actuando, es decir, con la calidad de nuestras relaciones, con su anchura y su profundidad.

Lo que nos deshace, por eso mismo, está muy relacionado con lo que dice aquel ángel del Apocalipsis en la Caída de Babilonia: *No se oirá en ti la voz del novio y de la novia* (Ap 18, 23) Todo decae: no hay música, ni artesanos, ni trabajo que dé vida, no hay luz, la sombra oscura es la ruta cuando deja de oírse la voz del Amado, cuando ya no dejamos que él escuche nuestra voz, cuando la relación amorosa rueda cuesta abajo, como una bici sin frenos (¡quién no tiene experiencia de niño!).

Juan de la Cruz define muchas veces el camino de contemplación, el camino de la lucha para ir al descanso, como una atención de amor, como una advertencia de amor en la vida y por ello invita a abrir bien los ojos para descubrir a Dios. Esa atención de amor a quien primero nos amó ¿será lo mismo que el cuidado cariñoso de los demás? Pienso que sí. Por eso, el viejo oficio de zapatero remendón probablemente sea uno de los que mejor aglutina estas tres llamadas, y por tanto dones, dentro de nuestra vida fraterna. Remendar es reforzar, suplir en lo que falte. Hay que aprender el arte, es necesario formarse; hay que conocer las pieles, los hilos, las colas, los martillos, cómo cortar y cómo unir... Y remendar los zapatos, los propios y los de otros que están rotos o desgastados es devolver a uno mismo y a los demás la posibilidad de andar bien, por tanto, de rehacerse en el camino, de seguir caminando descansadamente.

No siempre podemos tener abierta nuestra tienda, somos humanos y por ello desgastables, pero asumir la permanencia en nuestra discontinuidad es algo precioso y profundamente constructivo. Cerremos por vacaciones cuando sea necesario, pero no hagamos traspasos definitivos ni dejemos perder nuestras preciosas existencias.

Ya acabo, con el deseo que escuchemos de nuevo, con aquella emoción de la que he hablado al principio, la emoción con que Dios nos aguarda, atrae y acompaña, su promesa actual cada vez que somos invitados a la nueva creación en la que él nos dice: *no te fatigarás en vano, no engendrarás hijos para la catástrofe* (Is 65, 23), como si nos dijera, tus frutos serán de vida y no de muerte, de paz y no de guerra, de luz y no de oscuridad, de alegría y no de cansancio.

Os dejo con una bendición. Sería hermoso releer las bendiciones de Moisés en el Deuteronomio, que vuelven a evocar el Cantar de los cantares, poniendo los nombres de nuestras distintas Órdenes en los de las tribus. En todo caso, Dios sigue diciéndonos lo mismo que ayer y que mañana:

*Amado del Señor, habita tranquilo,  
el Altísimo cuida de ti continuamente.  
Nadie como Dios, 'mi Cariño'  
viene en tu auxilio,  
te ofrece morada  
poniendo por debajo de ti sus brazos eternos. (Dt 33).*

- 
- <sup>1</sup> L. A. Schökel, *Símbolos matrimoniales en la Biblia*, Verbo Divino, Estella 1999 (2ª ed), 40.
- <sup>2</sup> D. Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, Sígueme, Salamanca 2003 (9ª ed), 90-91.
- <sup>3</sup> M. Chiaia (coord.), *El dulce canto del corazón. Mujeres místicas, desde Hildegarda a Simone Weil*, Narcea, Madrid 2006, 187.
- <sup>4</sup> S. Weil, *Pensamientos desordenados*, Trotta, Madrid 1995, 31.
- <sup>5</sup> K. Rahner, "Espiritualidad antigua y actual", *Escritos de teología VII*, Taurus, Madrid 1969, 13-35.
- <sup>6</sup> J. M. Mardones, *La vida del símbolo*, Sal Terrae, Santander 2003, 109-125.
- <sup>7</sup> Pablo VI, *Alocución a las Abadesas Benedictinas*, 28 de octubre de 1966.
- <sup>8</sup> J. Marías, *La educación sentimental*, Alianza Editorial, Madrid 2005 (6ª ed), 18 ss.